

El legado de Manuel Larramendi

Ricardo Gómez

► **To cite this version:**

| Ricardo Gómez. El legado de Manuel Larramendi. *Ínsula*, 1991, 534, pp.29-30. <artxibo-00106375>

HAL Id: artxibo-00106375

<https://artxiker.ccsd.cnrs.fr/artxibo-00106375>

Submitted on 14 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

RICARDO GÓMEZ / EL LEGADO DE MANUEL LARRAMENDI

El pasado mes de diciembre se cumplió el tercer centenario del nacimiento de Manuel Larramendi, escritor vasco que a mediados del siglo XVIII revolucionó la hasta entonces escasa y casi monotemática literatura vasca. Con este motivo, el ayuntamiento de Andoain, su localidad natal, las universidades del País Vasco y otras instituciones, organizaron una serie de actos entre los meses de octubre y diciembre, cuyo eje central consistió en un ciclo de conferencias y mesas redondas celebradas en diversas sedes, en las que tomaron parte una veintena de investigadores del País Vasco y del resto del estado. Acompañó a este ciclo una exposición itinerante que recogía las obras publicadas de Larramendi y la práctica totalidad de los estudios dedicados a su figura. El homenaje se completó con la edición de los textos escritos en euskera por el jesuita andoaindarra¹.

Conviene, antes de comentar más detalladamente las aportaciones de este homenaje, revisar el estado en que se encontraban los conocimientos sobre Larramendi, empezando por unas breves palabras sobre su vida. Realizó estudios primarios en Hernani e ingresó en la Compañía de Jesús en Bilbao en 1707. Continuó estudiando Filosofía en Medina del Campo y Teología en Salamanca, para pasar a enseñar Filosofía en Palencia y a partir de 1723 Filosofía y Teología en Salamanca; allí lograría gran prestigio como docente, predicador y hábil polemista. Durante un período de tres años fue confesor de la reina Mariana de Neurburgo, viuda de Carlos II, hasta que en 1733 renunció para retirarse a Loyola, donde falleció el 29 de enero de 1766, un año antes de la expulsión de España de la Compañía de Jesús.

Siendo todavía Maestro de Teología en Salamanca, dio a la imprenta sus dos primeros libros dedicados a la lengua vasca: la apología *De la antigüedad y universalidad del Bascuence en España* (Salamanca, 1728) y *El imposible vencido, Arte de la Lengua Bascongada* (1729), primera gramática publicada del euskera, que tuvo diversas ediciones y traducciones hasta el siglo XIX y que recoge una descripción de la lengua vasca muy acertada para la época y llena de felices intuiciones, a pesar de los rígidos moldes latinos en los que se debe mover. En 1736 apareció en Madrid su *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria* y ya en Loyola publicó la que se ha considerado su obra más influyente, el *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín* (San Sebastián, 1745), en dos tomos y con un largo prólogo que detalla su idea del euskera como primera lengua de la Península —idea que contaba para entonces con una cierta tradición— y expone su objetivo de ensalzarla e instar a su cultivo literario. Posteriormente escribió otros trabajos relativos al País Vasco que no llegó a publicar, entre los que

¹*Manuel Larramendi. Euskal testuak* (=Manuel Larramendi. Textos vascos), edición a cargo de Patxi Altuna y J. A. Lakarra, San Sebastián, 1990.

merecen mención la *Corografía ó descripción de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*, editada por primera vez por el P. Fidel Fita en Barcelona el año 1882; *Sobre los Fueros de Guipúzcoa*, conferencias publicadas en 1983 por J. I. Tellechea Idígoras y que posiblemente no hubieran visto la luz a causa de la censura, y los textos recogidos por este último estudioso en el libro *Autobiografía y otros escritos* (San Sebastián, 1973).

No obstante haber escrito la mayor parte en castellano y lejos de su tierra, el eco de su obra rara vez ha traspasado los límites del País Vasco, a pesar de contar con méritos sobrados para ello. Incluso en su propio país la labor de este escritor jesuita tan sólo ha comenzado a ser justamente reconocida a partir de mediados de la pasada década. Esta revisión crítica de la obra y la influencia de Larramendi tiene su origen en unas consideraciones y sugerencias de Luis Michelena² y del posterior desarrollo de éstas por parte de los profesores J. A. Lakarra (Univ. de País Vasco)³ e Ibon Sarasola (Univ. Central de Barcelona)⁴ entre otros. Con anterioridad a estos trabajos, la crítica tendía a subrayar el aspecto teórico y apologético de los escritos de Larramendi y consideraba que su obra estaba destinada únicamente a convencer a aquellos que, como Juan de Mariana o Gregorio Mayans y Siscar, no creyeron en la unicidad de la lengua vasca en la Península ni en su nobleza, perfección y capacidad para expresar cualquier tema o idea. No hay que detenerse en indicar que en esta discusión Larramendi tenía todas las cartas de la baraja, ya que sus adversarios conocían malamente el euskera. Así, esta línea de investigación inaugurada por Justo Moco-roa (“Ibar”) en *Genio y lengua* (Tolosa, 1935) reconocía la labor de Larramendi como impulsor y mentor de la literatura euskérica a este lado de los Pirineos, pero se lamentaba de que aquélla hubiera nacido con el pecado original que representó el *Diccionario trilingüe*, una especie de factoría de la que salieron ingente cantidad de «sigilosos y arbitrarios neologismos», extraños al euskera, y que desembocarían en un tipo de literatura rabiosamente purista, ininteligible y pensada para los extraños. Se acusaba asimismo a Larramendi de no predicar con el ejemplo, es decir, de escribir sobre el euskera en *erdera* (‘lengua no vasca’), dejando a un lado la producción en su propio idioma. Lo cierto es que la influencia de Larramendi se hace notar en mayor o menor grado durante los siglos XVIII y XIX en la literatura y en la producción teórica sobre la lengua vasca y su doctrina se considera un anticipo de los excesos puristas que traerán Sabino Arana y sus seguidores.

²Recogidas principalmente en el prólogo que dedica al diccionario de Ibon SARASOLA: *Hauta-Lanerako Euskal Hiztegia* (=Diccionario Normativo Vasco), San Sebastián, 1984.

³Véanse por ejemplo J. A. LAKARRA: «Larramendiren hiztegitzaren inguruan» (=En torno a la obra lexicográfica de Larramendi), *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»* (ASJU) XIX-I, 1985, 9-50 Y «Literatur gipuzkerarantz: Larramendiren Azkoitiko Sermoia (1737)» (=Hacia el guipuzcoano literario: el Sermón de Azkoitia de Larramendi (1737)), ASJU XIX-1, 1985, 235-281.

⁴I. SARASOLA: «Larramendiren eraginaz eta» (=Sobre la influencia de Larramendi), ASJU XX-1, 1986, 203-216.

Sin embargo, esta interpretación sólo es una visión muy parcial de la obra del P. Larramendi, de su parte menos significativa. El estudio a fondo de los textos del jesuita vasco nos ofrece, sin ir más lejos, testimonios sobrados sobre cuáles eran sus verdaderas intenciones. De este modo, podemos leer cómo anuncia ya en su apología la próxima aparición de una gramática y de un diccionario. También nos expresa en diversos pasajes de su obra el deseo de que la lengua vasca sirva como vehículo de comunicación entre las gentes cultas del país. Es consciente de las dificultades que ello conlleva, producto únicamente de una falta de uso del euskera en materias elevadas, e intenta subsanarlo dotándole de un vocabulario técnico, lo que en su obra denomina «voces facultativas». Por tanto, era preciso revisar todos los conceptos en torno a la obra de Larramendi y así se hizo. Las conferencias y mesas redondas con que se ha conmemorado el tercer centenario de su nacimiento han contribuido a reforzar las tesis que seguidamente se detallan y han abierto nuevos caminos para el estudio de la obra larramendiana en sus distintos aspectos: teóricos, literarios e incluso políticos.

En primer lugar, Larramendi fue un apoloquista del euskera; pero no fue *sólo* un apoloquista del euskera. En este sentido, no podemos olvidar la función que las apologías de las lenguas “vulgares” desempeñan en nuestro entorno a partir del siglo XVI y que éstas son un paso previo necesario a cualquier intento de dignificar una lengua (y, en consecuencia, un país) ante el monopolio casi exclusivo del latín en la cultura occidental. Por tanto, Larramendi debía cumplir con ese trámite aportando pruebas de la antigüedad de la lengua vasca —prueba de nobleza— si quería demostrar que el euskera era susceptible de reducirse a unas reglas gramaticales —prueba de perfección— y era poseedor de un caudal léxico adecuado a cualquier materia —prueba de riqueza—. No olvidemos que el título completo de su primera publicación es *De la antigüedad y universalidad del Bascuence en España: de sus perfecciones y ventajas sobre otras muchas lenguas. Demostración previa al Arte, que se dará a luz de esta lengua*. En una palabra, la apología de Larramendi no es un trabajo puramente teórico sino que persigue un objetivo práctico: es un paso encaminado a convertir el euskera en lengua de cultura, el primer eslabón de un proyecto cultural que Larramendi tiene bien diseñado desde un principio y que responde a una tradición muy extendida en Europa. En todo el continente se repiten estos intentos, que generalmente ofrecen el mismo orden apología-gramática-diccionario. Existen incluso dentro del País Vasco proyectos de esta índole anteriores al de Larramendi —el más conocido es el del doctor labortano Etcheberri de Sara—, aunque ninguno tuviera la misma fortuna que el del jesuita guipuzcoano.

Merece la pena detenernos un poco en las críticas que había recibido el *Diccionario trilingüe* y el punto de vista actual al respecto. Se le achacaba su ordenación castellano-euskera, ya que había tomado como referencia el *Diccionario de Autoridades de la Lengua Castellana*, con lo que se limitaba a poner el equivalente euskaldun a cada término castellano y se veía forzado así a una invención desmesurada de palabras nuevas y a inventar etimologías fantásticas para disimular los préstamos del latín y del romance, que él explica muchas veces en el sentido contrario. Empero, éste era el orden que debía dar a su diccionario si quería dotar al euskera de un fondo de «palabras facultativas» que posibilitaran su uso en las ciencias, técnicas y artes. Se suele mencionar asimismo como argumento “de peso” el hecho absurdo

de componer un diccionario de unas 800 páginas en folio con el único afán de polemizar y se olvida a menudo que también es autor de un diccionario euskera-castellano mucho más breve que no fue publicado hasta 1967⁵. Por otro lado, aparece claro qué tipo de palabras son las que Larramendi inventa: palabras técnicas de las que carecía el euskera, que hasta aquella fecha tan sólo contaba con una reducida cantidad de obras literarias, en su mayoría de carácter religioso. De hecho, no se puede decir que Larramendi mienta cuando afirma que sólo ha incluido en el diccionario tres voces de su invención («tres voces del lenguaje vulgar» son sus palabras exactas): *sutumpa* ‘cañón de artillería’, *godaria* ‘chocolate’ y *surrautsa* ‘polvo de tabaco’. Incluso puede comprenderse fácilmente su invención por la relativa novedad de estos conceptos.

Otro de los defectos que se apreciaban en el diccionario es la mezcla de voces de distintos dialectos del euskera sin indicación de su procedencia. En esta objeción juega, sin duda, un papel importante el peso de la obra posterior de Resurrección M^a de Azkue, en cuyo *Diccionario vasco-español-francés* (1905-1906) sí aparecen detallados los dialectos o hablas que utilizan cada vocablo. Sin embargo, hay que entender que mientras que Azkue pretende justificar y autorizar cada una de las palabras ya existentes en el euskera, Larramendi intenta aportar nuevas voces al idioma para enriquecerlo, y un modo de lograrlo es que todos los vascoparlantes utilicen todas las palabras que su lengua les ofrece, sean del dialecto que sean, máxime cuando su propio dialecto carece de equivalente castizo para un determinado concepto. Debemos precisar también el calificativo de purista aplicado con profusión al Padre Larramendi. A pesar de inventar esas voces facultativas, no deja de aceptar los préstamos que el euskera ha tomado del latín o del romance a través de su historia, siempre y cuando aquéllos gocen de un uso popular que los legitime.

Nadie pone en duda la influencia de Larramendi en la literatura vasca. Sin embargo, los investigadores habían puesto especial énfasis en destacar la influencia en el vocabulario empleado por los distintos escritores (siempre de este lado de los Pirineos) y destacaban el poco uso de neologismos larramendianos por parte de éstos y del propio maestro en su escasa obra euskérica. Por supuesto, no es suficiente limitarse al léxico. El principal legado de Larramendi a la literatura vasca es la conciencia de escritor en euskera que a partir de entonces tendrán los literatos vascos, la reflexión sobre el lenguaje, su expresión y su uso, que será lo que verdaderamente marca una frontera radical entre la literatura vasca pre y postlarramendiana. Es evidente que no todos los textos vascos a partir de esta fecha van a irradiar este nivel culto de lenguaje. Las doctrinas, devocionarios y demás obritas religiosas dirigidas a un público llano seguirán escribiéndose en su mayoría en un euskera con notorio tufillo castellanizante. Pero a medida que los textos se alargan y los temas se elevan (obras dramáticas, narrativas, poéticas; textos políticos, administrativos, de enseñanza, etc.), la necesidad de una terminología específica se hará más evidente, y allí estará el *Diccionario trilingüe* como única tabla de salvación hasta finales del siglo XIX.

⁵P. ALTUNA: «Larramendiren hiztegi berria», *Euskera* XII, 1967, 139-300.

Como ha demostrado la profesora Inés Pagola (Univ. del País Vasco)⁶, es justamente en la segunda mitad del siglo pasado, en los Juegos Florales celebrados entre 1853 y 1903, cuando la influencia de Larramendi alcanza su cénit, precisamente por el fuerte empuje de la literatura no religiosa unido al florecimiento de unos sentimientos fueristas que pronto se verán sustituidos por la ideología nacionalista de Sabino Arana que trastocará toda las ideas lingüísticas propugnadas hasta el momento.

En este sentido, son difícilmente comparables los neologismos larramendianos —circunscritos como he señalado al ámbito de las voces técnicas— con los aranistas, que pretenden desterrar del euskera todo aquello que pueda recordar a las lenguas circundantes, a veces con curiosos resultados. Debo decir que actualmente el euskera conserva más neologismos aranistas que de aquellos salidos de la pluma de Larramendi, los cuales en su mayoría han tenido que cruzar una senda muy tortuosa para poder sobrevivir.

Dejando a un lado su faceta de impulsor de la literatura vasca, Larramendi es —para decirlo sin más rodeos— un excelente escritor, tanto en euskera como en castellano. En los últimos años se han ido descubriendo nuevos textos vascos suyos que añadir a los ya conocidos y que se reparten por sus distintas obras y por algunas de sus discípulos. Son en su mayoría cartas, sermones y fragmentos polémicos en los que se explaya a gusto, sabedor de que sus adversarios no van a entenderlos, o en los que se dirige directamente a los euskaldunes instándoles a que cultiven su idioma. Estos escritos, recogidos ahora por primera vez en un único volumen, así como un extenso texto recientemente descubierto y que esperamos que pronto pueda ser publicado, dan una buena muestra del dominio del idioma, de la calidad de su prosa... y del uso de su propia medicina, los neologismos de su invención, aunque en dosis reducidas, dada la naturaleza de los temas. Igualmente hace gala de una ágil prosa en sus obras escritas en castellano, donde prevalece una ironía envidiable y una retórica demoledora. No me resisto a reproducir las palabras de Luis Michelena sobre la *Corografía de Guipúzcoa*: «De no tratarse como se trata de la descripción de un pequeño país, y también acaso de no ser por la creencia de que las cosas vascas sólo pueden interesar a los vascos o a los especialistas en cuestiones vascológicas, la *Corografía* habría alcanzado mayor atención de los historiadores de la literatura. No hay tantas obras en prosa en el siglo XVIII español que le sean a este respecto claramente superiores.»⁷

La última línea que se ha abierto en las indagaciones sobre la obra de Larramendi pertenece al terreno político, donde se ha querido ver en el jesuita un precursor de la ideología nacionalista de Sabino Arana. La piedra de toque fue el descubrimiento, y posterior publicación en 1983 por parte de J. I. Tellechea

⁶«Neologismos en los Juegos Florales», *ASJU* XVIII-1, 1984, 53-160.

⁷Luis Michelena: *Historia de la literatura vasca*, Minotauro, Madrid, 1960 (reedición con prólogo e índice de autores citados: Erein, San Sebastián, 1988).

Idígoras, de las ya mencionadas conferencias *Sobre los Fueros de Guipúzcoa*, en las que se habla de unas supuestas «Provincias Unidas del Pirineo» que reunirían a todos los vascos. Pero una lectura atenta de este texto nos lleva a ver que Larramendi parece expresar precisamente la imposibilidad de tal proyecto. El hecho de que la obra esté escrita en forma dialogada quizá lo convierta en otro caso de difícil interpretación, similar, salvando las distancias, al del *Cratilo* de Platón. De otra parte, por lo que sabemos de las opiniones de Arana sobre Larramendi, el rechazo de aquél a la teoría vasco-iberista, que hacía de los vascos primitivos pobladores de la Península —y en consecuencia “los primeros españoles”—, y la política de tierra quemada sobre la obra lexicográfica del guipuzcoano, resulta arduo creer que Sabino Arana hubiera recogido las tesis políticas de un Larramendi que vive, sí, la amenaza de los Fueros, pero cuya invocación a la independencia de los vascos, en pleno Antiguo Régimen, no puede entenderse del mismo modo que en el nacionalismo de fines del XIX. Queda todavía el pequeño detalle de si Arana pudo conocer este texto larramendiano que ha dormido en el Archivo de la Academia de la Historia de Madrid hasta su reciente descubrimiento. Con todo, la discusión en este punto sigue abierta, aunque hay que confesar que en este tipo de controversias los argumentos científicos ceden la primacía en ocasiones a razones de otra índole.

En resumen, la conmemoración del tercer centenario del nacimiento de Larramendi ha servido entre otras cosas para confirmar la enorme importancia del proyecto cultural del insigne jesuita vasco y reiterar la necesidad de continuar el estudio a fondo de su obra y de su influencia en la literatura vasca de ambos lados del Pirineo. Asimismo, no ha faltado la discusión en torno a los aspectos más polémicos de su figura. Creo que ha sido un intento tan interesante como acertado de situar en su justo punto la labor de este escritor vasco que marca el comienzo de una preocupación seria y continuada por el euskera y por su cultivo.

R. G. — UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO